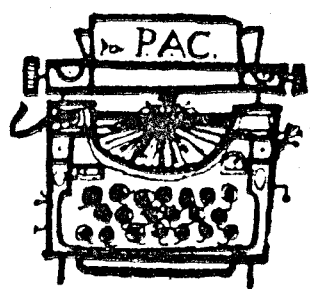


escrito a máquina

Reflexiones y recuerdos al borde del Apocalipsis



Durante toda esta semana hemos estado bordeando, tal vez sin darnos cuenta —como pasajeros de un avión en la noche— las oscuras y peligrosas crestas del Apocalipsis. Un error, un descontrol, una reacción imprevista y el mundo se precipita en la destrucción atómica final, si no de la humanidad toda, por lo menos de lo que hasta hoy hemos llamado Civilización.

La angustia no me la invento yo, falto de datos, pasajero de tercera en este vuelo suicida de las potencias, aunque sí con un poco de historia sobre mis espaldas; la angustia la trasudan las Cancillerías de Europa, la revela el Papa en su último discurso; y la grita, con bastante claridad, el editorial del "New York Times" al acusar a Nixon de "correr un albur desesperado", que "pone en riesgo nuestra seguridad fundamental".

Yo nací a finales de 1912. Pasé mi niñez viendo y leyendo revistas francesas que recibía mi abuelo y españolas que recibía mi padre con fotografías y crónicas de la primera guerra o matanza mundial. 18 millones de hombres perecieron de 1914 a 1918. Pasé luego mi juventud siguiendo día a día —con la pasión y la imaginación con que puede hacerlo un joven comprometido con su tiempo— el desarrollo de la terrible segunda matanza mundial. 55 millones de muertos cayeron entre 1939 y 1945. Es decir, para que mi vida llegara a los 33 años tuvo que pasar sobre una inmensa montaña de 73 millones de cadáveres. Si yo no morí en esas dos guerras, algo mío, fundamental a mi vida, pereció en las dos hecatombes. El mundo que hubiera podido ser mi mundo —de entendimiento, de convivencia, de avance humanista, de perfeccionamiento espiritual— fue devastado y envenenado por políticas brutas y brutales surgidas del miasma bélico, por egoísmos, complejos y delincuencias desatadas en ese clima bestial de agresión. Todas las revoluciones, matanzas y frustraciones marginales del Siglo XX —que han sido incontables— fueron también engendros de esas dos grandes guerras. Razón tenía Joaquín Pasos —en su gran "Canto de Guerra de las Cosas"— al sentir su "cabeza hendida por millares de agujeros". Millones de balas perforaron el destino del hombre del Siglo XX.

Pero otra vez el avión de la historia se dirige en la noche hacia los ventisqueros siniestros del Apocalipsis.

Cuando estalló la primera guerra la tensión de las potencias de entonces —mucho menor que la de hoy— había creado un peligroso clima de amenazas. Un clima artificial fruto de la soberbia y de los intereses imperialistas. Familias reinantes (el Zar de Rusia, el Kaiser alemán, el Emperador de Austria, el Rey de Inglaterra, etc.) unidos muchos de ellos por estrecho parentesco, anteponían la ambición de hegemonía, se amenazaban, formaban peligrosas coaliciones para expandir o defender sus órbitas de influencia. Dentro de ese clima, un suceso trivial en Servia (el asesinato de un archiduque por un terrorista) hizo perder la cabeza a los jefes de Estado y declararon la guerra llamada "ineluctable". ¡Ineluctable! Sólo después del desastre y ante los millones de muertos la humanidad vino a reconocer la vanidad, la estupidez, la pobreza espiritual y la irresponsabilidad de esos grandes señores que lanzaron a sus pueblos a la matanza cuando tenían cantidad de soluciones pacíficas a mano.

Al firmarse la paz el mundo entero saludó aquel final de la pesadilla sangrienta como el final de las guerras para la humanidad. ¡Nunca se escribió tanto contra la guerra! ¡Nunca se soñó tanto en una paz para siempre!

Sin embargo, en 1939 la humanidad estaba otra vez destrozándose con armas e instrumentos de

muerte infinitamente más poderosos y mortíferos que los de la guerra anterior. Y otra vez, al llegar la paz, la humanidad descubría que los líderes que la habían desencadenado —líderes a quienes siguieron ciegamente millones de hombres— eran o locos vesánicos o demagogos o pobres diablos.

¿Podrá confiar en la paz de los hombres de espada quien ha visto arder al mundo dos veces en menos de 35 años?

Lo que ha evitado hasta ahora un nuevo enfrentamiento total ha sido la conciencia del poder exterminador de sus armas atómicas que tienen las dos superpotencias mundiales. Pero la tensión sigue, la peligrosa competencia por sus órbitas de poder se acentúa y para no destruirse ellas mismas juegan su juego de muerte haciendo la guerra a través de pueblos intermedios. Aparte de que esto es jugar con fuego (como en 14 y como en 39), aparte de que con esa tensión al rojo exponen insensatamente la Civilización y la vida de toda la humanidad, nosotros, los pasajeros de tercera (pasajeros forzados) en el avión de la historia tenemos el derecho a dos reclamos:

Primero —contra el homicidio. ¡Nada justifica la matanza de pueblos enteros y la destrucción de sus países, de sus tierras, de sus hogares y hasta de la misma naturaleza que los sustenta! La guerra, en cualquier lugar y por cualquier motivo, es una ofensa a la esencia misma del hombre. Todos los pretextos, banderas o ideologías que se enarbolan no quitan a la guerra su verdadero nombre que es: CRIMEN. La guerra es el rebajamiento del hombre a la última escala animal. Ya lo decía en latín Plinio el Viejo: "Ningún animal ataca su especie. El hombre es la única criatura que hace la guerra contra su propia especie.

Y segundo —el derecho de países pobres a reclamar por el monstruoso desperdicio económico que esas guerras significan.

La Primera Guerra Mundial costó 400 BILLONES de dólares. La Segunda Guerra Planetaria costó, sólo a Estados Unidos, 1,030 billones de dólares.

Hace dos años "Time" calculaba el costo anual de la guerra de Vietnam en más de TREINTA MIL MILLONES DE DOLARES. Es decir: DOS MIL QUINIENTOS MILLONES por mes. OCHENTA Y DOS MILLONES por día. NOVECIENTOS CINCUENTA DOLARES por segundo.

Con este dinero se cubriría el presupuesto anual de Nicaragua en sólo 28 horas. Se cubriría nuestro presupuesto anual de Educación en 4 horas. Se pagarían todas las escuelas e institutos construidos en un año, en 37 minutos. Se construiría un aula de primaria cada tres segundos, o una vivienda de siete mil córdobas cada segundo.

El costo de un año de guerra sobrepasa en mucho los préstamos extendidos por la Alianza Para el Progreso a Nicaragua en los últimos diez años. (1)

No es que pidamos limosna. Es el derecho a la justa distribución de la riqueza y "al desarrollo solidario de la humanidad" que reclamaba Pablo VI. —Es el derecho humano a exigir que por lo menos lo que se gasta en destrucción se invierta en bien de la humanidad. Es el derecho de reclamo de los pueblos pobres a los pueblos ricos porque "los bienes de este mundo han sido dados por Dios para sustento y desarrollo de TODOS los hombres", y porque en cada dólar norteamericano y en cada rublo ruso hay una gota de sudor (o una gota de sangre) de un trabajador de un país subdesarrollado.

PABLO ANTONIO CUADRA

(1) Estos cálculos me los hizo un amigo basado en los datos sobre el costo de la guerra de Vietnam en 1969 y en los gastos de Nicaragua según el presupuesto de 1969 y de la Memoria del Banco Central. En este año el gasto de la guerra en Vietnam se calcula en 8 billones anuales.